

Yo espero la noche para soñarte, revolución.

En cada espacio de sombra más allá de los ojos, en la que estos se extienden a no dormir, tu sueño reaparece.

Y esta sombra proyecta la cámara refringente a un abismo mayor en el que los sentidos apresados se despojan de sus relieves diseminándolo, tanteando así un reposo al planeo de tu persecución.

Y la pesadilla de lo que fuera un sueño apunta con su discóbolo de Mirón y da de lleno en mi traza.

Y una avalancha de ceniza se cierne sobre ella.

¿Cómo empezar este libro?

Siente un remolino dentro, fuera, alrededor de su cuerpo, en todo cuanto mira y oye y respira. En Creta y en otras islas cercanas hay remolinos como este tallados en las piedras. Al parecer, allí tenían un significado místico.

Ella —que ha sido tantas personas a la vez— se halla de repente convertida en la más pasiva y ajena bola de contradicciones conteniendo la tesis y la antítesis. A veces es una roca, a veces una dínamo. Loca y cuerda. Salta de esto a lo contrario, o a lo que no se asemeja ni a lo uno ni a lo otro, frente a la perspectiva de ese desmantelamiento de recuerdos. Resbalando por la cascada de tan antiguas sensaciones aparece como una espiga de trigo ante la hidra de cien cabezas. O uno de esos monstruos con millones de ojos. Encogida en la cama (se diría una semicorchea colgada entre esas horas trágicas de las dos a las cinco de la tarde), alicaída, sola, implacable también con su boca de Voltaire de dama socarrona, acechando los cuatro humores concentrados con agua de avispas viejas dejadas al sereno... Su propósito

agazapado le hace creerse una de esas cajitas dementes que siempre contienen otra y otra ad infinitum.

Ha de forzarse en destaparlas una a una hasta llegar a la última que aprisiona el espacio que ahoga el remolino. Y que este se libere y pueda grabarse en toda esa masa del vacío.

Como en las piedras de Creta.

Y se pasea por la habitación deseando ser un pez, un escarabajo, una serpiente emplumada nacida para volar. Lo sabe bien: moverse, no moverse, todo eso es el Tao, ese dar vueltas en el cuarto para no pensar ni sentir, ese furor. Demasiado dolor ha de quedar atrás a partir de ahora: tantos años haciendo buenas obras en nombre de otros, errando, siendo justa, sacrificándose por los demás, todas esas cosas que no son sino proyecciones desecadoras del juego creador, pseudoevasiones para justificar el paso del tiempo, del tiempo de los otros, a través de compromisos protectores que sirven únicamente para afirmar el Poder.

Aquí anda ahora libre entre estas cuatro paredes libres. Solo que ya París no es una fiesta ni Nueva York una babel de hierro. Se acabó todo. Cuba, el sueño final de la revolución ya fue soñado. Se terminaron, pues, las ilusiones. Entonces, a olvidar la historia. A recomenzar con las propias dimensiones y la locura particular. A ponerse a escuchar el ritmo de la Tierra como los indios pies negros. A ser el pescador de salmón ajeno y acostarse a dormir cada noche llamándose Pérez o Dupont o Smith, qué más da. A dejar atrás hechos y nombres, todo ese hábito banal. ¿Qué es un nombre? Un *pipe dream*. A olvidarse de ser, pues, la criatura de circunstancia llena de limitaciones, de maldiciones y edificios babilónicos, de prudencias seniles, de maldades y bondades raquílicas muriéndose de los bronquios en un mundo blanco y negro de distinciones y etiquetas.

B A S T A.

La historia es una hartura.

Hay que ponerse a ser la hoja de ese árbol que va siempre a otra parte.

Oh, árbol color de estaño.
Color de YA NO MÁS.

¿Cómo escribir este libro sin que sea una novela? ¿Y cómo no serlo si todo lo que dejó de ser real entra en el campo de la ficción?

Lo llevará adelante como una ficción puesto que las tramas y los personajes le aburren y que los problemas que le interesan de la escritura no caben en una estructura formal. Aparte de que las reglas están hechas para violarlas si ya no sirven, y que la realidad vivida sólo puede uno rememorarla como ficción para zafarla de su aplastante monotonía. Será la ficción desvelada por una cámara de espejos que el discóbolo de la pesadilla (de lo que fuera un sueño) ha ido extrayendo del remolino durante años. Los espejos dislocarán la realidad entre las luces y las sombras de cuanto, más allá de la anécdota de referencia, da lugar a su recreación y empeña la escritura.

Además, si escribir una novela es otra forma de investigar la realidad y adquirir conocimiento a la manera de Unamuno, tratará de diluir el apasionado testimonio en el *irvenir* de las varias vidas que él intenta enlazar en ese vericuetto desolador en que se transforman las revoluciones.

Apretará, pues, el estilo hasta que el lenguaje salte a pedazos y para que salte a pedazos. A ver si el cosmos entra al fin en la cabeza y suelta adentro sus estrellas y asimila así la locura de las galaxias, de los microcosmos marginados que saltan del vientre de una montaña o del vientre de los dioses navegando en cobras gigantescas.

Y que todo cambie un poco, ceda un poco. Y volver a respirar...

Porque sin respiración nos han ido dejando los hechos de la historia, ajena al hombre y a su mitología, a las infinitas variedades de los entes que las confabulan.

Sin respiración la confusa trama que nos está tocando vivir.